

Entre col y col lechuga.

Carisimos y bondadosos lectores, me he acostumbrado tanto á dirijiros la palabra, como se acostumbra un representante á los sillones de la Cámara, es forzándose por esto á ser reelegido, como un juez al juzgado que ha desempeñado una vez, y como un mal contratista de vestuarios á hacerlos siempre á su capricho. Las comparaciones no serán exactas, pero en cambio son contemporáneas. Como mi salud se encuentra en buen estado en estos momentos, no quiero dejar pasar la ocasion de hablar, pero siempre con mi acostumbrado buen humor. Por cierto que no lo tendrán tan bueno ni los candidatos que han quedado con el pico alaire, ni todos aquellos literatos á quienes he tenido el honor de dirigir la palabra.

Empezaré, pues, asegurandoos que si no fuera esta malita mania de criticar hubiera ya rasgado cuanto papel tengo en mi gabela, y roto cuantas plumas encontrase en los pequeños cajones de mi escritorio.

Cometí la locura de criticar riéndome como lo han hecho tantos otros antes de mí, y por castigo de mi audacia me han dirigido todos los insultos que se les ha antojado. Sin embargo he guardado en mis criticas toda la circunspeccion debida á la sociedad en que vivo, no he insultado á nadie, no he tocado la vida privada de nadie, no he hecho otra cosa que criticar lo que me ha parecido malo; es verdad que lo he hecho riendo, pero por ventura ¿no está admitida la critica jocosa? ¿Por ventura cuando esta es razonada, no hace el mismo efecto de la critica seria? *Ri de do corrigo mores*, decia, no sé que critico antiguo, y siguiendo su ejemplo, puedo decir, *Ridendo corrigo Marcellinam—Ridendo corrigo Basoam—Ridendo corrigo Bioscam—Ridendo corrigo Garibarum etc. etc.*

Aconsejo á todos los que se hayan enojado conmigo, que si quieren vengarme ó anular mis criticas, debean probarme que algo de lo que yo he criticado es bueno ó cuando menos regular.

Es en valde su grito, me he propuesto reirme de todo lo que sea malo, pero reir me con decencia, y lo haré sea quien sea el autor de tal novela, artículo, poesia etc.

No hace mucho que se ponderaba la necesidad de critica, no solo para que nuestros jóvenes escritores pusiesen mas cuidado y estudiasen algo mas, sino tambien para auventar de la prensa á muchos poetastros que fastidian á los editores, dan dolores de cabeza á los redactores, y nauseas al lector.

¿Cuantas veces se me han indijestado poesias y artículos, folletines y novelas, viéndome obligada á recurrir al célebre Holloway ó á su colega Brandreth.

Tengo la confianza que las personas sensatas y los jóvenes juiciosos, han de agradecer mis artículos, porque, buenos ó malos, respecto á su estilo, hacen un gran bien á nuestra naciente literatura.

¿Quién no siente un verdadero pesar al encontrar el siguiente párrafo y otros que por ahora no quiero citar en un artículo de un joven que promete ser algo?

«Trascurrieron ocho meses desde este primer hecho que os acabo de referir, ocho meses en que la sorpresa de sus padres oscilaba entre la luz y la vis-

lumbre de su hija, ocho meses semejantes á un lago de la eternidad donde la ansiedad y el amor forjan bandadas de esperanzas que vienen á libar de su cagua pura, ocho meses en fin habian pasado.

A los ojos de cualquier hombre, ¿no se llama esto corromper el buen gusto? ¿No se descubre en este párrafo la fastidiosa escuela de Gongora? Su autor queriendo remontarse á lo bello le faltaron las alas y cayó en el ridiculo.

Es para evitar este mal, es para que no se olvide que la sencillez elegante es el dote mas precioso del escritor, es en fin para que la juventud que se dedique á la literatura procure formar un estilo bello y claro, que la critica se hace necesaria.

Hay dos criticas, la una seria, la otra jocosa. La primera aburre á la mayor parte de los lectores; la segunda cuando no se separa de los limites de la decencia, es mucho mas provechosa y divertida para aquellos mismos á quienes se dirige.

Telésfora criticará, y criticará riéndose; al que no le guste que se muerda; afortunadamente tengo en mi casa una hermosa planta de balsamina, que cura á las mil maravillas las heridas hechas á diente.

No ignoro que despertaré contra mí la animosidad de algunos escritores viejos, que todo lo encuentran bueno y todo lo alaban y todo lo ponen por las nubes, por no tener la franqueza de decir al joven ó la joven, autor de una obra literaria,—esto está mal, corrijalo Vd. ó esto debe ser así, de este modo ó del otro.

En esta tolerancia exajerada, verdadera enemiga de nuestra literatura, ha incurrido el Sr. Bermejo, escritor distinguido, y han incurrido muchos otros escritores de nuestro pais.

¿Podrian estos señores sostener que todo cuanto he criticado en la novela de Marcelina, no es pésimo?

Al menos sus exageradas alabanzas les imponen el deber de salir á la arena.

Telésfora es una muger, no tiene lanza ni escudo, ni yelmo ni vícera, pero así mismo los reta y los espera para el combate.

Si ninguno de ellos acepta este noble desafio, tan útil para nuestros ensayos de literatura, es claro que se me dá con el silencio, la razon.

No se me vengan con la singular mania de que Telésfora es un anónimo.

Si tal creen, pueden ellos elegir un pseudónimo; de cualquier modo estoy pronta para la lucha.

Telésfora.